

tividad y precisión que eran necesarias. Ello la convierte, sin duda, en una fuente imprescindible para los estudiosos del periodo, pero también en una lectura sumamente interesante para todos los que quieran examinar en forma crítica nuestra historia.

Matilde SOUTO MANTECÓN
El Colegio de México

Charles A. HALE: *The Transformation of Liberalism in Late 19th Century Mexico*. Princeton: University Press, 1989, 290 pp. ISBN 0-691-07814-9.

¿Qué es la política? Hale no da una definición al principio de su investigación, y tampoco al final, para no estorbar el libre movimiento del pensamiento. Su "liberalismo" es político y es parte de la experiencia que hacemos *hic et nunc* de nuestro modo de existencia política o, para hablar como Aristóteles, de nuestra animabilidad política. El hecho de que Charles Hale sea anglosajón no nos facilita la tarea, porque las mismas palabras no tienen el mismo significado en inglés, por un lado, y en español y francés, por el otro. Así ocurre con palabras aparentemente transparentes como *liberalism* o *constitution*. Para él, la constitución es más que una forma jurídica, es una "forma de gobierno", la estructura de poder, concebida como legítima, en sus funciones ejecutiva, legislativa y judicial, estructura que condiciona la distinción legítima de estatus sociales.

Valdría la pena hacer una lectura paralela de Charles Hale y de F.X. Guerra, ya que éste plantea en su famoso *México del antiguo régimen a la revolución* la tesis de la democracia (*politeia*) en el sentido de Sócrates y Platón, o sea, la forma de sociedad, palabra que acostumbramos traducir por régimen, lo que produce una confusión semántica. La palabra ha conservado su amplitud inicial únicamente en la expresión "antiguo régimen", cuando se combinan la idea de un tipo de constitución y de un *way of life* hecho de costumbres y creencias. En ese antiguo régimen la política es mucho más que lo que nos enseñan la ciencia y la sociología políticas, que separan su campo de los definidos por la economía, el derecho, las artes, la religión, etc. La política de Platón en *La República* no tiene límites y abarca toda la vida en todas las extensiones de la sociedad. Claro, Platón no pensaba que todo era política, no confundía

la relación del padre y del hijo, del amo y de sus esclavos con la relación entre el dueño del poder en la ciudad y los ciudadanos. Tampoco reducía la educación o la religión a su función política. ¿Eso nos aleja mucho del libro de Hale? No, basta leer las páginas dedicadas a Gabino Barreda o a Justo Sierra para entender que estamos en el corazón del problema, que es la reformulación de la política, de lo político, que estos hombres “liberales-conservadores” intentaron hacer realizar en el liberalismo. De manera consciente (Justo Sierra) o inconsciente pretendieron asumir la doble herencia del *ancien régime* (corporativista, comunitaria, estamentista y liberal).

El libro de Hale nos permite reflexionar sobre la inserción del sujeto en el mundo y en la historia que interroga, y examinar el enraizamiento del conocimiento, conocimiento de sí mismo y conocimiento del otro, en una matriz inconsciente. Pensar lo político en un pasado reciente, desde nuestra vivencia histórica, requiere una sensibilidad de lo histórico que el abandono de la ficción hegeliana o marxista de la historia no cancela de ninguna manera. Al contrario, la vuelve más necesaria. Hay que preguntarse, como lo hace Andrés Lira en muchos escritos sobre la época y los temas tratados por Hale, por desgracia perdidos en revistas difícilmente asequibles, ¿qué pasa con el advenimiento (incompleto) y el desarrollo (truncado) de la democracia moderna? Por ejemplo, preguntarnos qué significa la separación de principio entre Estado y sociedad civil; la separación de principio entre Estado e Iglesia católica, la retirada relativa de la religión fuera del campo social y las mutaciones de la creencia; la afirmación de los derechos del hombre, la noción de individuo y la de libertad. Tenemos que descifrar todo esto y la evolución del debate que acompaña el cambio para entender algo del pasado y del presente.

Hale nos ayuda mucho en esa tarea científica y ciudadana. Lo bueno de su trabajo es que no asigna límites arbitrarios ni al tema ni a su interpretación.

En su *Liberalismo mexicano en tiempo de Mora, 1821-1853* (1968) Hale estudiaba la génesis de nuestro liberalismo; el libro que ahora nos ocupa no es exactamente la continuación del anterior, ya que va de 1867 a 1910, dejando una “laguna” importante, la que nos hace invisibles los años 1853-1867, los que van del último gobierno de Santa Anna, el “restaurador” ideado por Lucas Alamán, al fracaso del imperio liberal—conservador de Maximiliano. El fracaso de los liberales moderados, tipo Manuel Payno, a lo largo de la “década nacional” anuncia el de los liberales—conserva-

dores entre 1867 y 1890 y plantea un problema que, hoy en día, sigue siendo crucial.

Hale estudia a fondo las ideas políticas de los intelectuales que forman parte de la élite gubernamental en este fin del siglo XIX. En 1867 el partido liberal triunfó pero su liberalismo se mueve en un contexto filosófico positivista. Por eso Hale estudia tanto el liberalismo como el positivismo que modificó el pensamiento político liberal, la enseñanza superior, la concepción socioeconómica y por ende el juego político. Si el autor estudia por separado el pensamiento político (el problema de las reformas constitucionales), el proyecto educativo y el proyecto social, toma como hilo conductor la política. Bajo la influencia de Auguste Comte y de sus discípulos, el liberalismo se transforma. En 1878 un grupo de jóvenes intelectuales periodistas lanza en su periódico *La Libertad* la teoría de una "política científica". Se afirman, pero se separan de los "viejos" liberales marcados por los años de la revolución y de las guerras. Herederos de Saint Simon y Auguste Comte, admiran la práctica política de los republicanos conservadores de Francia y España, Adolphe Thiers, Jules Simon y Emilio Castelar.

La convincente tesis de Hale es que esos jóvenes "liberales-conservadores" de 1878, que se volverán los "científicos" de 1893 no son vulgares apologistas del "cesarismo democrático" de Porfirio Díaz. Alumnos de su colega Girardin, quieren, como él, "más administración y menos política" y, sin embargo, luchan para conseguir una reforma constitucional para promover la libertad, para afianzar en la democracia el orden establecido por el César benévolo pero mortal. Por eso piden (como Juárez) un senado, cuya creación justifican con las teorías del constitucionalista francés Laboulaye. Luchan también para conseguir la inamovilidad de los jueces y limitar el poder ejecutivo personal. El tercer episodio de su combate perdido se sitúa en 1903, cuando manifiestan su angustia frente a la perpetuación en el poder de un Díaz cuyo único defecto es hacerse viejo, como señalará algún día el general Obregón.

Después de estudiar la batalla constitucional, Hale pasa al campo filosófico de la educación, concretamente al de la Escuela Nacional Preparatoria dirigida por Gabino Barreda. Dicha escuela fue sistemáticamente atacada por los liberales "viejos" y por los católicos. Vale la pena resaltar que el eclecticismo espiritualista del francés Victor Cousin fue útil en la polémica contra el francés Auguste Comte.

La tercera parte del trabajo de Hale está dedicada a la influencia respectiva de Comte, Spencer y Darwin (o más bien el llamado

darwinismo social) sobre el pensamiento socioeconómico del grupo en el poder. El triunfo de Spencer y el darwinismo social parece evidente, pero Hale comprueba que de manera sutil y cualitativa Comte influye también en el pensamiento mexicano, y muestra su influencia política a los problemas del indio, del agro, de la imaginación extranjera, de la escuela primaria obligatoria. Para Justo Sierra, en contra del extremo individualismo de Spencer, es imposible separar individuo y sociedad; más aún, sostiene la idea nada spenceriana y muy a la Guizot de un Estado apoyado en el poder de la ley y del control, de un Estado organizador, rector, docente. Al hablar de liberalismo siempre citamos a Benjamín Constant, y con sobrada razón. Pero, en cuanto a Francia, por lo menos, la práctica del liberalismo ha sido mejor formulada por Guizot que por Constant.

En su *Liberalismo en la época de Mora*, Hale concluía que “el rasgo distintivo del liberalismo mexicano fue el predominio de un estado fuerte en el sector político, acompañado de un régimen económico de individualismo sin trabas”.

La modernización porfirista que corresponde a *La transformación del liberalismo a fines del siglo XIX en México* confirmó la fuerza política del Estado pero afirmó también su intervención en los otros sectores de la sociedad, preparando el camino para el Estado “interventor” del siglo XX.

Como afirma Enrique Florescano, “los estudios recientes descubren que la aparición a fines del siglo XVIII del proyecto de crear un Estado laico y moderno, consagrado a racionalizar la economía, promover el progreso industrial y educativo e impulsar el conjunto social hacia las metas de igualdad, libertad y bienestar material asumidos por las naciones occidentales, es la fuerza dominante a lo largo del siglo XIX. Promovido primero por el reformismo de los borbones y nutrido por las ideas ilustradas y liberales españolas, este proyecto extraño se convirtió en propio durante el proceso de independencia y se volvió el proyecto estatal de los liberales [...] y más tarde de los científicos del porfiriato”. * Destaca el hecho de que esos hombres convirtieron al Estado en el instrumento principal para realizar sus metas y que el postulado de *laissez faire, laissez passer* fue sustituido, en la práctica, por su contrario.

La singularidad de la democracia aparece claramente cuando

* Cita de su manuscrito inédito “La nueva interpretación del pasado mexicano”.

se la compara con el sistema monárquico del antiguo régimen. En la monarquía el poder se encarnaba en la persona del rey, mediador entre los hombres y Dios; luego, en el Siglo de las Luces, mediador entre los hombres y la Justicia, la Razón, el Bien Común. Tal régimen no era despótico pero el poder se situaba en el cuerpo del príncipe (Kantorowitz) y el poder daba cuerpo a la sociedad.

La originalidad revolucionaria de la democracia es que el lugar, el sitio del poder se vuelve un sitio vacío. Está prohibido a los gobernantes apropiarse del poder. La regla fundamental del sistema es la periodicidad de las elecciones, la existencia permanente de una competencia, y la institucionalización del conflicto.

México, inmovilizado en su transición hacia la democracia, no logra asumir ese vacío y por eso coexiste la referencia constitucional inviolable y la reelección de Benito Juárez y después la permanente de Porfirio Díaz. Por eso los debates sobre la reforma constitucional, la independencia de los jueces y la candidatura presidencial son esenciales en el libro de Hale. Por la misma razón, el autor dedica dos de los ocho capítulos de esta obra a la educación (la Escuela Nacional Preparatoria; la controversia del libro de texto). Cuando el poder deja de ser el principio de generación y organización del cuerpo social, el derecho y el conocimiento se manifiestan, frente a él, como exteriores; el derecho se vuelve autónomo y la ciencia también; a ambos se les reconoce una autonomía total. Cada sector conquista tal autonomía: la política, la economía, la ciencia, la pedagogía, la medicina, etcétera.

Para sustituir a las antiguas solidaridades se le ofrece al nuevo ciudadano el pueblo, la nación, el Estado, pero esas entidades no representan realidades sustanciales hasta que el discurso ideológico, político e histórico (la obra de Justo Sierra por ejemplo, *México a través de los siglos*) les ha dado alguna consistencia.

El sufragio universal manifiesta claramente la paradoja del advenimiento de la democracia. Las antiguas solidaridades están condenadas, negadas, aniquiladas (por lo menos sobre el papel) en el momento preciso en el que la soberanía popular debe supuestamente expresarse; cuando el miembro de un cuerpo se transforma en átomo, en ciudadano, en número. Vale la pena señalar que Justo Sierra y sus amigos criticaron el sufragio universal (p. 54) como muchos liberales y socialistas europeos, sin que esa resistencia se pueda atribuir a una egoísta defensa de intereses de clase.

Justo Sierra es el héroe de este hermoso libro, y los historiadores sabemos cuán bien sus escritos han resistido la prueba del tiempo. El libro termina cuando Sierra y los científicos están ple-

namente integrados, desarmados, derrotados por el porfirismo. Renuncian entonces a su programa político de democratizar un régimen cada día más ligado a una persona. Su éxito personal corresponde a su fracaso político. En el mismo momento el partido liberal doctrinario deja de existir y se refugia en los clubes para renacer en el Partido Liberal Mexicano, en la clandestinidad pre-revolucionaria.

Tocqueville está curiosamente ausente de un trabajo en el cual hay muchos franceses. Tocqueville inspiró a François Furet, a F.X. Guerra, a Jean Meyer; se ha vuelto el pensador de moda en Francia y se le define como el teórico precursor del liberalismo moderno. Pero más importante aún, fue el primero en señalar una contradicción interna en la democracia y su profecía hubiera sido muy útil a Charles Hale para resolver una aporía que plantea de manera recurrente a lo largo del libro y otra vez en el último capítulo, "The legacy": la desaparición —aunque incompleta— del antiguo régimen como fundamento del orden social, plantea una contradicción general que amenaza la democracia incipiente: el individuo, desconectado de las antiguas redes de dependencia personal (del "corporativismo"), si bien se encuentra "libre", está aislado, desprotegido y busca en la fusión en el "pueblo-uno" o en la encarnación del estado en un hombre providencial el remedio a las amenazas de disolución de su identidad. El estado democrático, poder de nadie, poder del "pueblo" abstracto, en su vocación de cargar con todos los aspectos de la vida social puede volverse ilimitado, omnipotente. Por eso la contradicción entre "la pasión de quedar libre" y "la necesidad de ser conducido".

Justo Sierra tuvo una idea muy clara de esa contradicción amenazadora y por eso quiso realizar la síntesis de los contrarios para salvar tanto la libertad como el orden. Su fracaso explica la permanencia del problema y lo interminable de la transición entre el antiguo régimen y la democracia.

Jean MEYER
*Centro de Estudios Mexicanos
y Centroamericanos*